

LOURDES
OÑEDERRA

Intemperies

ereín

INTEMPERIES

LOURDES OÑEDERRA



Lourdes Oñederra Olaizola (Donostia, 1958). Es licenciada en Filología Hispánica y Doctora en Filología Vasca. Es catedrática en la Facultad de Filología de la UPV donde imparte clases de Fonología. Es Académica Numeraria de Euskaltzaindia. Escribió el epílogo de la novela de Saizarbitoria *Ehun metro*. Ha sido columnista en las revistas *Ere*, *Oh Euskadi!*, *Hika*, *Argia*, *Bake Hitzak* y *Erlea* así como en los periódicos *Euskaldunon Egunkaria*, *Berria* y *Noticias de Gipuzkoa*. En 1999 publica su primera novela, *Eta emakumeari sugeak esan zion*, que sería seleccionada para el Premio Nacional de Literatura y, finalmente, galardonada con varios premios: Premio de la Crítica 1999, *Beterriko Liburua* 1999, Premio Euskadi de Literatura 2000 y Premio Euskadi de Plata 2000. En 2005, en la colección *Gutiziak*, publicó el cuento "*Anderson anderearen gutizia*" y dos años más tarde tradujo una obra de Patrick Süskind, *Sommer jaunaren istorioa*. En 2013 vería la luz su segunda novela, *Intemperies*. Su obra ha sido traducida al inglés, al ruso y al italiano.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Título original:

Intemperies (babes bila)

Imagen de cubierta:

Eiderduck

Maquetación:

Erein

© Lourdes Oñederra

©EREIN. Donostia 2015

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.eus

ISBN de versión digital:

978-84-9746-956-2

Digitalizado por Adimedia, S.L.

www.adimedia.net

LOURDES OÑEDERRA

INTEMPERIES

Traducción de la autora



Rage, rage against the dying of the light.

DYLAN THOMAS, "Do not go gentle
into that good night"

**We are but older children, dear,
who fret to find our bedtime near.**

LEWIS CARROLL,
Through the Looking-Glass

I

Cada cual tiene su propia manera de vivir,
que, acertada o no,
avanza como por sí misma.

Parece a veces que nos sostienen las decisiones no tomadas,
las ataduras que no queremos pero tampoco cortamos,
que nos mantienen vivos esas inercias involuntarias
que nos presionan hasta asfixiarnos.

El tiempo pasa de otra manera ahora. Luzia no sabe cuándo empezó, cuándo ocurrió el cambio, desde cuándo pasa el tiempo como sin cuestas, ese transcurrir del pasado al presente sin colores, por un camino llano, ese pasar del antes al ahora sin darse cuenta, como si duraran menos los años y más los minutos, como si los minutos hubieran engordado. Se van alejando las mañanas de las tardes y cuesta, cuesta recordar lo ocurrido por la mañana, mientras que aparecen diáfanas, crudas, las frases oídas hace treinta años, las miradas de entonces.

El cuerpo. Cómo cambia sin tregua el cuerpo, inevitablemente, *inevitably, inevitabilmente*.

Si a Adán le hubieran prometido que conseguiría la sabiduría, probablemente no habría comido la manzana. Pero la mujer y la serpiente le dijeron que sería como Dios. No hubiera hecho algo prohibido por conseguir la sabiduría: no se puede desear lo que no se conoce. Sin embargo, ser como Dios sí que era deseable. Palabras. Distintas palabras, el engaño de las palabras. Y la envidia, querer ser tanto como el otro, como Dios, ser como Dios. Y Dios nos castigó y no somos dioses. Por culpa de Adán, por un Adán que tal vez nunca existió, caemos y envejecemos, nos estropeamos y manchamos, no somos eternos, nos vamos.

En sus sueños, Luzia es la mujer que se hace pis de miedo en una película de Ken Loach que vio hace poco, o el paranoico de la novela que tiene en la mesilla, a quien los terrores de la infancia convierten en asesino. A veces necesita ver películas o leer novelas como ésa antes de apagar la luz, para poder dormir, para poder conciliar el sueño. Luego tendrá esos sueños horribles y, al despertarse por la mañana o de madrugada, no podrá desembarazarse totalmente de ellos, como si fueran de alguna manera reales, como si le hubieran ocurrido de verdad.

Trabajar, perseguir el conocimiento como única salida. Luzia ha solido salvarse gracias al trabajo y sabe que eso le volverá a pasar. Esa pequeña salvación posible que te saca del pozo cotidiano, que te hace olvidar la tristeza de cada día, que puede llegar a darte alguna alegría incluso, y a darte placer, y que te hace creer que la vida tiene algún sentido: vivir por algo, para algo, para conseguir saber algo, a pesar de no ser dioses. Aunque fuera mentira, está la posibilidad de la ilusión. Te saca del atasco, del no saber por dónde tirar. Pone horas al día, mojonos a la noche.

El trabajo.

Ahora que las ocasiones de sexo se han diluido.

El sexo, que nos hacía casi dioses, aunque también eso puede ser un juego de palabras, jugar a engañarnos con las palabras, a convivir con las mentiras. En cualquier caso era distinto, tenía algo especial o eso parecía entonces.

Entonces.

Ahora Luzia sabe que su actitud no es la misma, aunque suele olvidarlo y piensa que son los demás los que han cambiado, que no la miran igual, que ya no la desean y que, por eso, no son suaves ni agradables, sino duros, fríos. Luzia sabe (a veces) que tampoco ella espera gran cosa. Que ya ha visto bastante. Que ha aprendido y que le da pereza intentarlo de nuevo, que, como no espera mucho, tampoco se esfuerza, que no sale a pedir y que, por eso, quizá también por eso, no le ofrecen, no le dan, no recibe y se está quedando sola.

Sola.

Sola y triste, y tranquila. Como cuando se separó de Martin, cuando tomó la decisión o la decisión la tomó a ella. Esa tranquilidad que da la seguridad. No estaba enfadada. Durante meses, durante años se había estado enfadando. Es tan cansado el enfado. El conflicto, las dudas. Ese ciclo ruidoso en el que la propia impotencia se le achaca al otro.

Durante mucho tiempo Luzia pensó que no sería capaz de dejar a su marido, de alejarse de aquel hombre que prefería echar la siesta ante el televisor a acostarse con ella. No se atrevía, a pesar de lo enfadada que estaba, de lo muy enfadada y dolida que se sentía. Cada vez con más frecuencia, Martin se solía quedar a tomar algo con sus colegas hasta tarde. Era obvio que las historias de Luzia lo aburrían, aunque siempre las escuchaba. En silencio. Por educación.

Luzia pensaba que no iba a ser capaz de dejarlo, de separarse, porque, a pesar de enfadarse una y otra vez, a pesar de la tristeza y el llanto, no acababa de irse. Pero un día, de alguna manera, la decisión llegó y no tuvo ninguna duda. Sintió la valentía de decidir y se marchó, en silencio, sin dar explicaciones y sin pedir las: estaba todo tan claro de repente.

Aquella tranquilidad, casi paz.

Después el dolor terrible, el dolor inaguantable, inenarrable. Un grito sordo que sólo se oye dentro, un grito que la garganta no emite, el llanto que no se puede llorar.

Al recordar su pena de entonces, Luzia piensa en lo árido de la ruptura amorosa. Y que será mucho peor el dolor de Eva: que te hayan matado a los seres que más quieres, que más necesitas. De repente. Para siempre. Debe de ser horrible. Ella no soportaría algo así. ¿O? ¿Tiene algún sentido, son comparables los dolores, las heridas de unos y otros? La más mínima herida le duele a quien la sufre. Sí, las heridas de Luzia no son tan grandes como las de otros, pero le han hecho daño a lo largo de su vida más de una vez y alejarse de Martin le hizo daño. Mucho daño y, además, fue largo. Eso parece al menos ahora, al mirar atrás.

Con la edad Luzia ha aprendido que tenemos poco tiempo y que es mucho el que se necesita para cualquier cosa. Por eso invitó al neurólogo, a Víctor, a pasar la Nochebuena con ella. No lo pensó demasiado, no se dio a sí

misma la oportunidad de dudar. O no la tuvo. Algo que percibió en la cara de él la llevó a pronunciar la frase:

—¿Por qué no te vienes a San Sebastián a cenar conmigo?

Él respondió que sí, algo turbado, pero que sí, bueno, pues que sí.

No sabe cómo acabará la noche. No sabe si se acostarán juntos o no. Da igual. Ahora eso es ya lo de menos.

Hacen falta tantas palabras para explicar las cosas.

En otros tiempos era a menudo más fácil acostarse con un hombre que terminar el encuentro de otra manera: había que dar tantas explicaciones, tantas justificaciones para negarse.

De todas maneras tal vez es ya demasiado mayor para acostarse con alguien, para acostarse con un hombre. Las cosas han cambiado estos últimos años. Hace mucho Luzia pasaba toda aproximación a un hombre por la criba del me acuesto-no me acuesto con él. Luego, ya casada, a pesar de que la posibilidad de acostarse con otros hombres se había cerrado, ella seguía pensando casi siempre, cuando conocía a un hombre, si era o no alguien con quien le hubiera gustado acostarse. Con algunos hombres fantaseaba. Con otros, no. Tampoco le daba muchas vueltas, era bastante automático. Más tarde, más recientemente (no sabe realmente cuándo), dejó de hacerlo. Desde luego, ya había perdido la costumbre de hacerlo para cuando se separó de Martín.

Acordarse claro que se acuerda, pero le resulta algo lejano, muy lejano, a pesar de que no son tantos los años. No, tantos no. Pero, por algo, parece que estos últimos años, estos años que han pasado tan rápidamente, han sido particularmente destructivos a la hora de borrar las marcas, de enturbiar los recuerdos. Se pierde la cuenta, y la lejanía o proximidad de las cosas no tiene que ver con los años transcurridos desde que ocurrieron.

–En esta edad difícil –le dijo el ginecólogo en la última revisión.

En esta edad difícil. ¿Es que alguna edad es fácil?

Las dudas sobre si aún es atractiva se le van desdibujando y mezclando con la esperanza de que perder atractivo sexual le traiga paz. Está suspendida en algún punto entre la duda y la esperanza. Cuelga sobre la nada viendo un abismo desconocido, trabada en esos pensamientos y temores que no pueden ya sostenerla. La ligereza del vacío la tranquiliza a veces. Sin embargo otras veces, cuando la nada es un agujero sin fondo, cuando la ve así, se inquieta.

Cincuenta años. Cincuenta. 50. A esa edad no hay nadie que sea mujer a secas, simplemente mujer, sin más. Eres la mujer de alguien, o su madre. O eres algo: profesora, limpiadora, o política. La profesora de alguien, la limpiadora de algún sitio o de alguien, cargo de un partido o por lo menos militante, pero no simplemente tú, una persona de cincuenta años. Porque ¿qué se hace en casa, al levantarse de la cama cada mañana?

Luzia no recuerda cómo ocurrió, por qué se quedó en casa. Sabe cuándo fue, cómo calculó que le quedaba dinero suficiente para vivir sin trabajar. Recuerda, como a través de la bruma, que estaba cansada, que eso era lo que le contaba a la gente que le preguntaba. Porque la gente pregunta siempre, casi siempre como si no preguntara, pero preguntar, pregunta siempre sobre los asuntos de los demás, sobre la vida de los demás, sobre el cómo y el porqué de los demás, y cuándo y con quién.

Luzia siempre ha intentado decir la verdad. Ha sido desde pequeña cuidadosa con los otros. Una niña buena que procura no hacer daño a nadie, la mujer que ha sabido ponerse en el lugar de los demás. Pero siempre hay entre los demás alguien que sabe eso, alguien que tiene una especie de radar para encontrar a personas como Luzia y hacerles daño dulcemente. Son esos que, haciendo como que te ayudan, te dejan hecha polvo. Esa gente que sabe perfec-

tamente qué decir, qué preguntar para revolverte las entrañas, para despertar tus miedos más escondidos. Esa gente que ha desarrollado la capacidad de azotar con su propia miseria la debilidad del otro. Tal vez nacieron ya con un instinto especial para hacerlo. Tal vez no sean conscientes de lo que hacen, tal vez simplemente buscan su alimento y lo consiguen. Quedar por encima del otro. Empequeñecerlo. Es eso lo que necesitan para vivir. Sí, es posible que no lo hagan conscientemente, pero lo hacen adrede. Por ejemplo, cuando Martin le decía a Luzia que tenía unos ojos muy bonitos, pero que con los gestos que hacía parecía nerviosa y resultaba menos atractiva. Martin le quitaba a Luzia el suelo de debajo de los pies para atarla más, para que lo necesitara más, para que tuviera que apoyarse en su brazo al andar. Martin era malo o se estaba haciendo malo. Luzia no lo sabía entonces y se echaba la culpa a sí misma. Como siempre. Su debilidad, su ignorancia, su insuficiencia.

Como siempre.

Como siempre, la culpa.

Se marchó, huyendo de Martin, cuando le llegó la herencia de la tía Pruden. Anduvo por el extranjero. Luego regresó, pero no del todo, nunca del todo. Siempre busca excusas para irse fuera, para irse de su ciudad, de su país, de la patria. Por un tiempo más o menos largo. Al volver, sin embargo, siempre se encuentra con lo mismo. Además cada vuelta es peor que la anterior, porque ella es mayor y cada vez le cuesta más situarse, acoplarse a la que se supone que es su sociedad. Volver a marcharse le da cada vez más pereza.

Sólo en el trabajo encuentra Luzia, a veces, paz. Aleluya. Haendel. El Mesías. Hallelujah. Casi le ha dolido, cuando de pronto ha hecho caso a la música. Mientras trabaja suele tener puesta la radio en la sintonía de la música clásica. Suena todavía. No la ha quitado al apagar el ordenador.

Sí, el trabajo la salva de enloquecer de tristeza, se alegra de tener que utilizar el pensamiento intensamente para

entender lo que lee, y también se alegra de que le guste leer esas cosas por el placer que le da comprenderlas y porque así puede pasar mucho tiempo sin acordarse de nada más, sin acordarse de su entorno, sin acordarse de sí misma.

Ese otro lado del alma.

El eco más oscuro del corazón.

Su tendencia al drama casi le provoca náuseas. Y así estaba, asqueada consigo misma, en el congreso de París, cuando en la cena con el coordinador del proyecto éste mencionó a la afásica de Madrid. Hará ahora dos años.

No quiere vivir sola y triste.

Qué sola está. Porque, en definitiva, estar sola no es que no haya nadie alrededor (siempre hay alguien), sino que no haya nadie como una misma, o muy pocos, y que esos pocos estén lejos y que no sea fácil relacionarse con ellos, de modo suficiente.

Ya está preparada la cama del cuarto de invitados, le dejó una nota a la interina para que pusiera sábanas. Lo ha mirado por si acaso. Si no surgiera la necesidad, a poder ser, preferiría no mencionar lo del dormitorio con Víctor. Lo del otro dormitorio, lo del otro dormitorio además del suyo. El asunto de los dormitorios. Ni lo tocaría. Preferiría empezar a cenar enseguida, hablar del tiempo y del viaje, de las horas de tren y de los precios de los nuevos trenes, un poco más tarde, tal vez, de cuestiones de trabajo, y de Eva. Pero ¿dónde le va a decir que deje las cosas cuando llegue?

Cuando llegue, cuando Víctor llegue a su casa.

Ha dejado toallas limpias en la silla junto a la ventana.

Ha vuelto a la sala.

... *bei dieser Frühlingshitze nach dem endlos langen Winter...* Ha encontrado la frase en una novela de Christa Wolf. Se alegra de entenderla. No se le ha olvidado tanto el alemán. La lee una y otra vez, casi se la aprende de memoria, mientras piensa, siente, que también este año, aho-